

## La primera traducción del *Libro de Contemplación en Dios*

JULIA BUTIÑÁ

Universidad Nacional de Educación a Distancia  
juliabutinya@gmail.com

Para los filólogos, que tenemos la suerte de trabajar con los textos —es decir, lo mejorcito que queda de la humanidad—, nos es especialmente gratificante cuando trabajamos con textos de valor universal.

Pero si además tenemos la oportunidad de difundirlos; y si además esta difusión es conveniente porque no se había hecho antes —como es también nuestro caso—, entonces ya —como se dice en lenguaje castizo— es para darse con un canto en los dientes. Por este motivo —y no dudo de poder hablar en plural— los de esta mesa estamos hoy contentísimos.

Por mi parte, voy a hacer un poco de historia de la traducción de este gran libro —grande en todos los sentidos y no sólo el físico—, por lo que me remonto al año 2015, en vísperas del 7º centenario de la muerte de Ramón Llull, en que reunida con nuestros dos editores aquí presentes, les sugerí esta traducción como un posible proyecto. Hacía tiempo que lo consideraba una deuda a cubrir, pues esta obra en lengua catalana, que es una de las principales de la Filosofía medieval occidental, apenas se conocía y no estaba traducida al español. Ello es un agravante cuando la lengua de la época de Llull no sólo nos es difícil a los mismos catalanohablantes, sino que muchos pasajes de esta obra son un auténtico trabalenguas, como juego querido por su autor.

Y más grave aún, la edición tradicional del texto original catalán (Selecta, 1960) no se puede conseguir en ninguna librería, ni se suele prestar en las bibliotecas —si es que lo tienen— y cuesta localizarla de segunda mano. Hay que rubricar, por tanto, que era obra muy poco conocida...

Pues bien. Ver que cuajaba la idea con los editores era como tener el motor del coche en marcha; y me puse manos a la obra. No me costó montar el equipo —al que llamamos *equipet*—, pues las 3 traductoras, conocedoras ya de Llull, se mostraron dispuestísimas, a pesar de lo voluminoso, y se pusieron a efectuarlo con todo rigor; nota esta indispensable dada la dificultad lingüística apuntada y que a menudo cuesta dar con el sentido de una frase o pasaje, a lo que se añade el imprescindible cotejo con la versión latina. Lo puede testimoniar la profesora Carmen Teresa Pabón, la única presente hoy, quien tradujo anterior-

mente un diálogo ficticio, muy curioso, en el que Llull, advirtiendo su extravagancia, se tilda de *Phantasticus*.

Me referiré también a las otras dos traductoras, a quienes muy lamentablemente les ha sido imposible asistir; son: Matilde Conde, también latinista e Investigadora del CSIC, que había traducido del latín al español una obra lulliana fundamental: *El libro del gentil y los tres sabios*; y Maria Lluïsa Ordóñez, nuestra catedrática de español, que domina además el catalán y vive en Barcelona. A las dos vaya, pues, mi recuerdo más entrañable y todo mi agradecimiento por su valiosa labor.

Asimismo hay que agradecer la colaboración del profesor Joan Ribera, de la Universidad Complutense, que nos acompaña; traductor anteriormente del *Libro de los animales* lulliano y que, en éste, lo ha sido de varios capítulos. Con él, colega inseparable, en este mismo *Cercle* y hace ya más de 10 años, impartimos un seminario, así como hemos celebrado el citado 7º centenario gracias a la amable invitación de su presidente, Albert Masquef.

Y vuelvo de nuevo a los editores, resaltando que hayan apoyado una obra de tal dimensión, pues según un experto lulista, Pere Villalba, tiene más de un millón de palabras. Al profesor Vicent Martines, con quien estoy en estrecha relación nada menos que desde su tesis doctoral, mi gratitud siempre por su ánimo y su confianza; asimismo quiero citar a su potente Instituto Virtual Internacional de Traducción, IVITRA, que fundó y dirige en la Universidad de Alicante, y que se ha hecho un referente para todo lo que se refiera a traducir.

De Matilde Rovira, cabeza de la preciosa —y muy preciada— editorial Palas Atenea, hay que decir como mérito que ya está avezada a publicar —desde Madrid— obras catalanas medievales; y no sólo de Llull.

De su aportación a este Libro haré un par de comentarios: el primero para mostrar algunas dificultades que hemos tenido, como ocurre a raíz de los vocablos que no están en el diccionario de la Real Academia Española, pues muy laudablemente, ella es fiel a rajatabla a esta máxima jurisdicción léxica. Pero a la vez ello supone un problema para cualquier traductor de Llull, porque el filósofo usa términos hoy inexistentes, aristotélicos o usuales en la Escolástica (pregunta: ¿qué hacemos con el ‘naturado’, que ya no se entiende?); también es problemático que Llull se invente palabras, hasta el punto que se ha calculado que en sus textos llegan a alcanzar un 7%. Es, pues, un punto conflictivo; pero esperemos que, entre el mandato de la naturalidad propia del traducir, el reconocimiento de la autoridad de la RAE y el recurso de las notas a pie de página, hayamos logrado un punto dulce.

El otro comentario se refiere a la cubierta, dado que hay un detalle que dice mucho de su profesionalidad. Ya que encabeza acertadamente esta edición con la primera imagen del *Breviculum* —códice que recoge la *Vida* de Llull con ilustraciones hechas poco después de su muerte—; en ella se representa el famoso episodio de su múltiple visión nocturna de la cruz, que generaría su llamada conversión. Y arriba, a la derecha, vemos el dedo de Dios saliendo de una nube.

Ahora bien, el índice divino proviene de otra imagen del *Breviculum*, de la 4ª, donde Llull, estando en una montaña “en contemplación de Dios”, recibe a través suyo la iluminación divina; de allí, pues, ha tenido la feliz ocurrencia de trasladarlo. Esta expansión digital es muy significativa; porque —así como Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, dando protagonismo al roce del dedo de Dios como impulsor de la Creación, significaba el poder divino—, aquí, por encima de lo anecdótico de aquella primera imagen, dicho dedo significa la iluminación que Llull, contemplando, recibirá de la divinidad y le proporcionará el sobrenombre de *Doctor Illuminatus*. La licencia para dicho trasplante, por tanto, está justificada y es muy oportuna para el *Libro de Contemplación en Dios*.

Pues tal trascendencia tiene la contemplación para nuestro autor que constituye el título de esta obra filosófico—teológica, la de mayor extensión dentro de su magna producción literaria; en ella explica cómo el hombre, cuando ha llegado al límite de su razón, pasa a contemplar. Sin demérito de santo Tomás y a mi parecer, cuando leemos la *Suma Teológica*, que analiza fríamente a Dios, lo vemos descuartizado o hecho pedazos; mientras que, leyendo esta obra de Llull, apreciamos cómo, desde la calidez de su interior, lo contempla. Baste una frase como ejemplo de lo que decimos, tomado de la distinción *Sobre la alegría*: “Estoy yo tan alegre porque existo, que apenas tengo juicio.”

Y centrándonos en la traducción, he de decir que —acorde con lo recién dicho y aparte de la exactitud puntual ya comentada— aspiro a que hayamos sabido traducir el tono vital de Llull en esta obra, que presenta como una conversación espontánea con la divinidad; en cierto modo —pero sólo en cierto modo—, recuerda a las *Confesiones* de san Agustín, que también son una oración. Llull continuamente irrumpe con el vocativo: “Señor”; y mediante este gesto de confianza y con una muy pequeña introducción efusiva —de rasgos a veces incluso místicos— con la que inicia la casi totalidad de los 30 versículos de los 366 capítulos, tiñe de intimidad los temas más áridos.

O sea que, aunque sabemos que las obras de este calibre cuesta leerlas —y no sólo las antiguas, sino también las modernas; y esto, de Cervantes a Proust—, con ese acierto literario Llull hace más accesible un duro tratado apologetico consiguiendo que uno se pueda acercar llanamente. A ustedes corresponde decir si se ha logrado, por parte del autor y por la nuestra.

Marginalmente y dando un rodeo, considero interesante observar que ese talante de proximidad es afín al doble afán de cercanía afectiva y de conexión intelectual que consta claramente en otra obra inmediata a esta y que hemos citado: *El libro del gentil y los tres sabios*, cuyo protagonista reza y actúa con sus congéneres de la misma manera. Por lo tanto, extrapolando estos rasgos a la cultura catalana, en cuyos orígenes está indudablemente Llull, cabe concluir que su actitud y prurito de comunicación, desde un punto de vista cultural, le es asimismo constituyente. Luego, desconocer esto es desconocer en profundidad esta cultura.

Otro tono de la obra digno de que hayamos sabido verter adecuadamente es la jovialidad; carácter que Llull hace patente desde el comienzo, como mani-

fiestan contundentemente los tres primeros capítulos por medio del signo vitalista de su reflexionar, dado que —como hemos apuntado— arranca y se fundamenta en el siguiente razonamiento: “existo, luego exulto de alegría.”

Sin embargo, no voy a tratar de Llull, ya que se hará a continuación y por parte de personalidades altamente competentes, dado que tenemos aquí a alguien que le ha dedicado su vida profesional; me refiero al profesor Fernando Domínguez Reboiras, que ha dirigido y coordinado la edición crítica de las obras latinas: *Raimundi Lulli Opera Latina*, dentro de la colección «Corpus Christianorum» (más de 40 volúmenes), a quien debo agradecer su beneplácito, tras ver los primeros capítulos traducidos, así como reconocer que para mí ello supuso una luz verde.

Y cierro con una ultimísima observación acerca de este mismo acto.

Y es que hay que considerar muy positivamente que esta obra se presente en la tierra que acogió tan bien a su autor en la Edad Media; puesto que, según nos explicará a continuación la doctora Jiménez Calvente, Llull arraigó pronto y con fuerza en la Corona de Castilla.

Esperemos que ahora ocurra otro tanto, cuando además su pensamiento, aunque poco conocido hoy en día entre nosotros, es muy valorado en Europa.

Y como hemos empezado diciendo, es bueno difundirlo ya que estamos hablando de bienes de la humanidad.